

borotaba; en que hacia gran deservicio al Rey, cuyas Provisiones no avia querido mostrar, aunque fue requerido, estando Fernando Cortès presto de obedecerlas, y de venir en qualquier buen medio de Paz; por lo qual, y porque estorbaba la pacificacion de aquel nuevo Mundo, de que Dios era tan deservido, y el Patrimonio Real menoscabado, le mandaba, que se prendiese, y si le resistiese, le matase: para lo qual, le daba Comision, y Poder, y mandaba à los Capitanes, Caballeros, y Soldados de su Exercito, que para ello le diesen todo Favor. Luego ordenò la Gente, en tres Tropas. La primera, diò à Gonçalo de Sandoval, con sesenta Hombres, y eran los Principales Jorge de Alvarado, Gonçalo de Alvarado, Alonso de Avila, Juan Velazquez de Leon, Juan de Limpas, Juan Nuñez de Mercado. Encargò la segunda à Christoval de Olid, que era Maese de Campo, Gentil Soldado, y Hombre de grandes fuerças, y iban con él, Rodrigo Rangel, Andrés de Tapia, Juan Xaramillo, Bernardino Vazquez de Tapia, que hacia officio de Fator del Rei, Cortès llevó, à su cargo, la tercera, y con él iba Francisco Alvarez Chico, y Rodrigo Alvarez Chico, hermanos, Hombres de valor, y de prudencia, y Fieles à Cortès, Diego de Ordas, Alonso de Grado, Domingo de Albuquerque, Christoval, y Martin de Gamboa, y Diego Picarro. Llevaban entre todos setenta Picas, hechas de Encina, con los yerros dichos, que llegaban à treinta y ocho palmos; diò por nombre, el Spiritu Santo, por parecer de Fray Bartholomè de Olmedo. Mandò, que las Picas de Gonçalo de Sandoval, acometiesen el Apofento de Narvaez, y las otras à la Casa de Cacique, adonde avia Guarda sobre él, porque no se fuese, y que cinquenta Soldados diesen sobre el Alcalde Juan Juste, y su Compañero. Ordenò à Christoval de Olid, que embistiese con el Artilleria de Narvaez, y que él le guardaria las espaldas. Iba una Esquadra de otra, à menos trecho que Tiro de piedra; y caminando en esta orden, dixo Cortès à Carrasco, mandando hacer alto: Compadre, por vuestra vida, que me digais, de que manera está ordenado el Campo de Narvaez; mirad, que si no me decis la verdad, no bastará

el Amistad vieja; para dexar de mandaros guindar de dos de estas Picas, que son bien altas. Dixo, que aunque le ahorcase, no diria mas de lo dicho, porque aquello era la verdad. Replicò Fernando Cortès, pues así lo quereis, Vos morireis, y aunque lo dixo burlando, faltò poco que saliera de veras, porque los que le llevaron, le guindaron luego de dos Picas; y si de presto no arremetiera Rodrigo Rangel con su Caballo, quedara ahorcado, porque atropellò à los que le guindaban, y le dexaron; y estuvo quatro, ò cinco dias tan malo de la garganta, que no pudo tragar bocado. Y caminando, llegaron à vn camino que se partia en dos, adonde estaba vna Cruz, à la qual todos se humillaron, y Fray Bartholomè de Olmedo les hizo otra Platica, animandolos, y aqui se vistieron los Ichcahuipiles, que son las Coraças de Algodon, y con buen paso, y orden, y gran silencio, se fueron acercando al Pueblo; y viendo Juan Velazquez de Leon vna luz alta, dixo à Cortès, que allí era el Alojamiento de Pamphilo: y él respondió, huelgome, que la lumbré nos alumbré.

Mandò Cortès à Gonçalo de Sandoval, que con su Tropa se encaminase à Narvaez, en que hiço buena Eleccion, porque era Capitan muy artífice, y à las otras, que le guardasen los lados, para detener el Socorro, que acudiese. Sandoval mandò al Arambor Canillas, que no tocasse, hasta que se lo mandase, y le llevaba delante de sí. Ya que se acercaban al Apofento de Narvaez, Cortès, que andaba reconociendo, y ordenando à todas partes, dixo à la Tropa de Sandoval: Señores, arriremos à las dos açeras de la Calle, para que las valas del Artilleria pasen por medio, sin hacer daño. No pudo ser este acometimiento tan callado, que no fuesen sentidos, y avisado Narvaez, que se estaba vistiendo vna Cota; dixo à quien le avisò, no tengais pena, y mandò tocar al Arma. De las otras dos Torres adonde estaban Alojados los demàs de su Exercito, no le acudieron, porque dicen algunos, que se hicieron soldados; otros, que no pudieron llegar, por el impedimento de las Tropas de Cortès. Llegado, pues, Sandoval al Alojamiento de Narvaez, las pri-

meras Centinelas; que estaban al pie de la Escalera, de la Puerta de el Patio, con mengaron à dar voces, Sandoval, viendo se sentido, mandò à Canillas, que tocasse la Caja, Corres decia: Cierra, cierra; Espiritu Santo, Espiritu Santo, à ellos, y subiendo Sandoval la primera Escalera, seguido de los Suios, toparon en el Patio, con vn Apofento de Negros, saliendo con vna Lumbré en la Mano, y de dos golpes de Pica le mataron; y pasando adelante, haciendose pedaços los Atabalès de Narvaez, y la Caja de Canillas, acudieron al Apofento de Narvaez, y subidas quatro Gradass, hallaron puesta el Artilleria. Disparose vn Tiro, que matò dos de los de Cortès, los quales apretaron tanto, que no dieron lugar, à que se disparasen las otras Pieças. Hiço Cortès con mucha priesa hechar el Artilleria, por las Gradass à baxo, y subió otras cinco, para entrar adonde estaba Narvaez, y con él hasta quatro Soldados; Gonçalo de Sandoval, que ya estaba con Pamphilo, le requirió, que se diese; burlòse de ello, y comenzó à pelear animosamente con los Suios, porque siempre fue Valiente; y como sus Lanças, y Partefanas no alcançaban, y las Picas de Cortès eran muy largas, no hacian fruto; con todo esto se defendia con Animo, y Valor; y Martin Lopez, Soldado de Cortès, puso Fuego à la Paja, que cubria la Torre, y por el humo huvo de salir Narvaez, y su Gente, y allí le dieron vn golpe de Pica, en vn Ojo. Diego de Rojas, Alférez de Narvaez, peleaba con su Vndera valerosamente, y defendiendola como Valiente Caballero, le derribaron de dos Picaços, dixo al caer, valgame Nuestra Señora, y Cortès respondió; ella te valdrá, y no quiso que le acabasen de matar. Herido Narvaez, cerrò con el Pedro Sanchez Farfan, y luego Gonçalo de Sandoval, y dixo: sed Preso, y por las Gradass le llevaron arrastrando, hasta hecharle Prisiones, y llevarle à Cortès; à quien dixo, Señor Fernando Cortès, tened en mucho la ventura, que oi aveis tenido en prender mi Persona. Respondiòle, que lo menos que él avia hecho en aquella Tierra, era averle prendido; mandòle poner à recado, y no le curaron aquella Noche, por la rebuelta que andaba, y otro Dia le embió à la Villa Rica.

CAP. LXVI. De lo que sucedió despues de la Prision de Pamphilo de Narvaez, y como fue Cortès jurado por Capitan General de todo el Exercito.



PRENDIDO Narvaez; y no haciendo mas resistencia, los que con él estaban, Fernando Cortès se mandò pregonar por Capitan General, y Justicia Mayor de ambos Exercitos, en nombre del Rei, ordenando à todos, que acudiesen à jurarle por tal, so pena de la vida; todos fueron, vnos voluntariamente, otros no pudiendo hacer menos, salvo trecientos Soldados, que se hicieron fuertes en vn Apofento; à los quales dixo Carrasco, que era buena ocaion de dar sobre los de Cortès, porque los que le avian jurado estaban sin Armas, y los suios andaban deramados; robando; y aunque no pareció mal el consejo, como no tenían Cabeça, y muchos lo querian ser, aguardaron el dia, y entonces acudio Christoval de Olid, à ofrecerles buen tratamiento, de parte de Cortès. Los mas dixerón: Viva el Rei, y Diego Velazquez, porque como fue siempre amigo de hacer bien, le amaban. Acabada la grita, dixo Christoval de Olid, que harian por fuerça, lo que no querian de grado; y yendo à dar cuenta à Cortès, los dixo Carrasco, que fuesen al Fardage de Cortès; y se harian ricos, y se podrian embarcar, y llevar à Diego Velazquez; con que pudiesen hacer otra Armada; y aunque pareció bien, no se acabaron de concertar; fue solo Carrasco, y no hallò mas Guarda, que à Marina la Lengua; y à Juan de Ortega, Page de Cortès: tomò vn Caballo, y vna Lança, bolvió à la Gente, y dixo la ocaion, que perdian. En esto hacia Cortès llevar el Artilleria contra los que no se querian rendir; y teniendo su Gente junta, mandò à Mesa, el Artillero, que disparase vna Pieça por alto; hiçolo, y hablòlos Christoval de Olid, otra vez respondieron: Viva el Rei, y Diego Velazquez. Ordenò Cortès, que les tirasen; matò vna vala dos Hombres, dispararon

otra, y mató à otro, y con esto se pasaron algunos à Cortés; otros se defendían, hasta que faltándoles la Munición, se rindieron. Mandó Cortés à Marquez, y à Ojeda, que recogiesen las Armas, y las escondiesen, y en esto ya se hacia de día. Dos Mugerés, Hermanas, llamadas Beatriz, y Francisca de Ordás, sabida la Prisión de Narvaez, y la Rota de su Exercito, desde vna Ventana à grandes voces, dixerón: Vellacos Dominicanos, que mas os pertenecian las Ruecas, que las Espadas; buena cuenta aveis dado de vosotros; mal aian las Mugerés, que vinieron con tales Hombres; y yendo à Cortés, le hicieron gran Reverencia, y dixerón palabras mas que de Mugerés, loando su Valor. No quedaba nadie sino Carrasco, para jurar à Cortés; y pareciendo en el Caballo, que avia tomado, dixo Cortés: Compadre, ese Caballo es mio, apeos; dixo, que no lo haria, sino le daban el suyo: Replió Cortés, que le dexase luego, que el suyo se le mandaria bolver; y quanto al juramento, dixo, le mandase otra cosa, ordenó Cortés, que le hechasen sin Pie de Amigo, y con él estuvo tres Dias, hasta que hizo el juramento, y no le ahorcó, porque le convenia sofegar aquella Gente con destreza.

Aviendose dado testimonio à Cortés, de la obediencia, que le avian jurado, tomó muestra à su Exercito, para ver los que faltaban; y viendo los de Narvaez, que no eran mas de docientos y sesenta, y que no parecia el Gran Exercito de Indios Tlaxcaltecas, que se decia, y que aquellos no llevaban mas de aquellas pocas Pieas, sin Coseletes, sin Caballos, pocas Cotas, Lanças, Ballestas, las Espadas maltratadas, se hallaron mui afrentados, de que con sus Albardillas, que eran los lechahuipiles, huviesen vencido à tantos Hombres de Cuenta, y corridos, maldecian à Narvaez, que tan mal se avia gobernado: cosa, que puso à Cortés en gran cuidado, hasta que poco à poco, con industria, los fué ganando. Murieron solos dos de los suyos, y vno hubo herido; de los de Narvaez, murieron once. Fue à Cortés vn Negro de los de Narvaez, gran Chocarrero, y dixole muchas gracias, y que quando oió decir cierra, cierra, creyó, que era suya la Victoria, y que dixo, este es mi Gallo, y que se subió en vn Arbol, y que hasta entonces avia estado allí, temiendo, que los enalbardados no le caçaten con las Palas de Horno,

que llevaban, y esto dixo por los Ichoahuipiles, y por las Picas largas, que llevaban los Soldados de Cortés. Diole vna Corona de Oro, que valia seiscientos Ducados; bailó con ella, y dixo, entre otras Chocorrerías: Capitan tambien aveis hecho la Guerra, y vencido con esto, como con vuestro esfuerzo; si me hecharades Cadena, sea de esto, que a fe, que à los que las hecharades tales, no se os vaian tan presto. Llegó luego el Señor de Cempoalla, con muchos Indios, con Guirnaldas de Rosas, y Ramilletes, pusieronlas à Cortés, y à los Capitanes, que conocian; dierónle el Parabién de la Victoria, ensalzándola mucho. Rogóle, que se pasase à sus Casas: Cortés le abraçó, y se holgó con él, y con los demás; y los dió algunas cosillas de Castilla; y aviendo pintado en vn Lienço lo que pasaba, à Narvaez herido, y aprisionado, la Gente rendida; à Cortés victorioso, y apoderado de la Artilleria; se le embió à Motecuhçuma, por consejo de Cortés, y se dió aviso de la Victoria à Alvarado con vn Castellano. La primera vez, que Fernando Cortés estuvo en Cempoalla, le presentó aquel Señor vna Muger Principal, y Hermosa, que se llamó Doña Catalina, y otras dió à otros Capitanes; en Casa de esta, porque era fuerte se alojó, y ella le regalaba mucho, aunque vivia con cuidado, viendo aquella Gente vencida, mal dispuesta en su animo, y desabrada; y pensando en el medio para salir de aquel trabajo, llegó el Capitan Barrientos, con los Chinantecas, bien Armados, à su vñca, con los quales holgó mucho, porque el Exercito de Narvaez viesse como era obedecido en Nueva-España. Determinó de mandarlos bolver, y dividir aquellos Castellanos; ordenó, que Diego de Ordás con trecientos, se aparejase para ir à pacificar la Provincia de Coatzacoalco; y à Juan Velazquez de Leon, al Rio de Garai, con otra Tropa, y con ocuparlos en esto, asegurarse, de que ellos tambien recibieron con gran contento.

Avida esta Victoria, ordenó Fernando Cortés à Pedro de Maluenda, Maiordomo de Diego Velazquez, que recogiese toda la Hacienda, que era suya, y de Narvaez, y la pusiese en recado, y dióle Persona, que le asistiese, para que no le tomasen nada los Soldados. Sucedió en esto, que se dixo, que yendo en el Exercito de Narvaez

vn Negro con Viruelas, como el Lugar de Cempoalla era mui grande, y de mucha Gente, y las Casas de los Indios tan pequeñas, que vivian mui apretados, fueron las Viruelas pegándose con los Indios, de manera, que así por no curarse, como porque usando ellos de lavarse cada Día, en salud lo hacian, con el mal que los abrafaba, y ayudado de el calor de la Tierra, cosa tan contraria para tal cura, y así murieron infinitos, no ayudando poco la falta, que hacian las Mugerés, que por la enfermedad no podian moler el Maiz, y cocer el Pan. Eran tantos los muertos, que como no los enterraban, el hedor corrompió el Aire, y se temió de gran Pestilencia. Este mal de las Viruelas, se estendió por toda Nueva España, y causó increíble mortandad; y era cosa notable ver à los Indios, que se salvaron; desfigurados en las manos, y Rostros, con los hoios de las Viruelas, por causa de rascarse. Muchos tienen opinion, que este mal no sucedió de la contagion del Negro, porque afirman, que de cierto en cierto tiempo, esta enfermedad, y otras, eran ciertas, y generales en las Indias; y el no aver tocado à los Castellanos, parece, que trae apariencia de raxon.

Av. Cer.
vntes en
le Cronica.
de Ind.

En Mexico, no iban las cosas con la felicidad, que juzgaba Fernando Cortés; porque apenas bolvió la Espalda, quando empezaron los Mexicanos à tratar el modo de acabar con los Castellanos; que avian quedado en la Ciudad. Los Falsos Sacerdotes de los Idolos, que eran los que se tenian por mas injuriados, instigaban à muchos Nobles, à la vengança de las ofensas, que decian estarfe haciendo à sus Dioses, y à su Rei, con persuasiones tan eficaces, que determinaban con gran secreto, vengarse de los Españoles, libertar à Motecuhçuma; arrojar de el Templo las Imágenes de Christo Nuestro Señor, y de su Santissima Madre, y quedar enteramente asegurados de la opresion que sentian.

Avia quedado Pedro de Alvarado, (à quien los Indios llamaban Tonatiuh) por Capitan, y Teniente de Cortés, en Mexico, instruido por él, (como se ha referido) y advertida la Gente, de lo que avia de executar con Motecuhçuma, y los demás Indios; y pasados pocos Dias, empezaron à notar algunos Españoles, que los Indios no les tenian, el respeto, y veneracion, à que estaban acostumbrados, antes de salir Cortés de Mexico. Comunicaronlo con Pedro de Alvarado, y juntar-

do muchas acciones, señales, y otras conjeturas, se persuadieron, à que entre los Indios avia alguna novedad, y todos se encargaron de el cuidado de averiguar lo que pudiesen; mandóles Alvarado estuviesen mui prevenidos, para qualquier suceso; y valiendose de algunos Indios de confianza, y otras Personas, supo toda la Trama de los Indios, y que tenian dispuesto dar muerte à todos los Castellanos, ó Sacrificarlos, si pudiesen averlos vivos à las Manos; para lo qual tenian acordado pedir licencia, à Alvarado para hacer vna Gran Fiesta, y alcançandola, combidarle à ella, con sus Soldados, para executar su mal proposito, quando estuviesen mas divertidos; y no sabiendo si Motecuhçuma tenia parte en esta Traición, ni queriendo participarle lo que sabia, juntó à los Soldados Principales, y mas experimentados, à los quales comunicó lo que imaginaba, para que determinasen si seria bien quexarse à Motecuhçuma; ó lo que se avia de executar; convinieron todos, en que se fuese dexando pasar el tiempo, y se aumentase el cuidado, que de si mismos, y de la Persona de Motecuhçuma tenian, hasta saber el Día, que señalaban para lograr su intento.

A cercabase ya el tiempo de la Gran Fiesta, llamada Texcalt, que los Mexicanos hacian todos los Años, para celebrar la Tráslacion al Templo de su Idolo Tenitlopuehirci, la qual empezaban ocho Dias, antes de el Día maior, y proseguian en ella ocho despues; concurriendo tanta Gente, que se llenaba la Ciudad; tenian dispuesto combidar à Pedro de Alvarado, y à los Suyos, y dar sobre ellos hasta acabarlos; à cuyo efecto avian escondidos muchos generos de Armas en el Templo; y Casas cercanas à él. Sabian solo la conjuracion, los que la avian de empezar, porque los que la ignoraban, facilmente seguirian la persuasion, y à el exemplo de los Indios Principales, y de los Falsos Sacerdotes.

Nada de esto se le escondia à Alvarado; porque desde que bolvió de acompañar à Fernando Cortés, hasta dexarle fuera de Mexico, halló à los Indios de otro semblante, y procuró saber la causa, por Espias, y otros medios; sin darse à entender con Motecuhçuma. Y estando previniendo el modo de castigar los que causaban el motin, llegaron dos Mexicanos Principales, à él, pidiendo Alcancia para celebrar la Fiesta de el Texcalt, en el

modo, que los demás Años. Alvarado la concedió, con la calidad, de que no avian de ponerse Armas, ni Sacrificar Hombres à los Idolos: Ofrecieronlo así, y dieron principio à ella con grandes Areitos, ò Bailes; (como decimos en otra parte) y llegando el Día concertado para su maldad, embiaron à suplicar à Alvarado, que fuese al Templo, con sus Castellanos, para engrandecer su Funcion; y si no huviera andado tan diligente, sin duda fuera la maior, que huvieran tenido, porque hasta Indias tenían prevenidas, que cuidaban de Ollas, llenas de su Brevage, para cocer à los Castellanos, y comerse los. Dexò Alvarado su Alojamiento, fiado à Personas de Valor, y les encargò el cuidado de Motecuhçuma, y fue al Templo con la Gente, que pudo, bien Armada, y prevenida; mandò tomar la Puerta à algunos Soldados, dandoles las Ordenes, que avian de executar. Y Alvarado entrò dentro con cinquenta Castellanos, y antes que llegase la hora, que tenían señalada para executar su Crueldad, los Mexicanos que querian descuidar à los Españoles, creiendo divirtiendolos en los Bailes, y Ceremonias, que hacian, diò sobre ellos con gran colera, y priesa, y los Soldados à su exemplo. Los Mexicanos, que vieron sobre sí el castigo de su maldad, quedaron turbados, y atonitos de los golpes de las Armas de los Castellanos, que como en Gente desnuda, y sin defensa, hacian gran estrago. Los mas avisados procuraron salvarse huyendo, y quedaron muchos de ellos muertos à las Puertas del Templo, por los Soldados, que las guardaban. Causaban horror sus lamentos, y gritos, menos en los, que interesandose en ellos, olvidados del fin principal, se arrojaron à quitar à los Mexicanos, muertos, y heridos, las Joias, y preseas, de que iban adornados à la Fiesta.

Quando juzgò Alvarado, que quedaban los Indios castigados, y escarmentados los demás, mandò, se formasen los Españoles, para volver al Alojamiento: Reconociò la indignacion de los Indios (que ya avian tomado Armas en las Casas vecinas al Templo) en las injurias que decian, y en las flechas, y piedras, que arrojaban furiosos contra ellos, persuadiòse à que no duraria aquel movimiento popular, viendose libre en su Alojamiento.

Y los Soldados, contentos con la seguridad que avian logrado con la muerte de quien queria turbarla, con la Priesa, que llevaban. Pero antes que descansasen los Españoles, vinieron grandes Quadrillas de Indios armados, que à brebe rato embistieron con tanta furia al Palacio, en que estaban Alojados, que necesitaron todo su valor, y agilidad para rechazarlos. No cesaban en disparar Flechas, y Piedras, y procurar forçar las Puertas para entrar dentro. Y reconociendo los Mexicanos, que no adelantaban nada con la resistencia, que nunca imaginaron de tan poca Gente, empezaron à minar la pared Principal (sinecstar en los acometimientos, ni de disparar Flechas para entretener à los Españoles) hasta que dieron con ella en el suelo. Quemaron las Municiones, y procuraron los Españoles, aunque bien fatigados de los Indios, remediar el daño de la Muralla, y à pesar de la multitud, lograron echar fuera los que avian entrado, y poner reparo contra los demás. Reconociéron à este tiempo, que à tenian minado otro Muro; y para que no sucediese lo mismo, que en el primero, acudieron à apartar los Indios de aquel Sitio; y aviendolo conseguido, combatian por otras partes, con tan grande impetu, que los Españoles creieron ser perdidos, pues aunque caian muertos infinitos Mexicanos, en lugar de apartarlos, el horror los incitaba à vengarlos.

Venida la Noche, cesaron los Combates, descansaron los Españoles con Guarda, bien dispuesta, y vigilante; pero apenas amaneciò el Día siguiente, quando volvieron los Mexicanos à embestir al Palacio, con tan increíble tesòn, que si Motecuhçuma no los huviera mandado retirar, experimentaràn el ultimo peligro los Españoles. Prosiguieron los Indios en querer apoderarse del Palacio, haciendo quantos esfuerzos podian, hasta que viendolos inútiles, todos, persuadieron à los que servian à los Españoles, que los dexasen, impidiendo à otros entrasen comidas con lo qual, todo les faltaba, y morian de hambre; pero hambrientos, y cansados se mantuvieron contra los Indios. Estuvieron los nuestros tratados con este rigor ocho Dias, en los quales se ocuparon los Indios en hacer vna gran Caba al rededor de las

Casas Reales; para que ninguno, publica, ni secretamente, pudiese entrar, ni salir, sin ser visto de de ellos, pensando dár fin de los Castellanos, por este modo, ya que con Armas, y fuerças no podian: y fuera así, si Dios no lo proveiera de otra manera, porque ya era llegado el tiempo del castigo de estas Gentes, y destierro del Demonio, adorado en Idolos, y la introduccion de su Santo Evangelio, estaba à las puertas llamando, ni bastavan fuerças humanas, ni traças de Hombres à contradecir su Divina Palabra; y así, sucedió al contrario de lo que deseaban, y querian.

Este caso, como le tengo referido, pasó en esta Ciudad de Mexico, en ausencia de Cortès (aunque no falta, quien equivocandole diga, estaba presente) y no le quenta Antonio de Herrera, ò porque ya se avia dicho por otro, ò porque en sus Relaciones no estaba escrito; y aunque se halla diferente en dos Historias, que tengo en mi poder, vna en Lengua Mexicana, puesta en estilo por vn Indio, que en ella refiere, averlo visto (que debia de ser Mançebo quando pasó, y despues de Christiano, supo escribir, y la escribió, como digo, con otras muchas cosas de que me he aprovechado para esta Historia) y otra en Mexicano, y Castellano, traducida por el Padre Fray Bernardino de Sahagun, refiriendo el destroço, y robo, que padecieron los Indios, sin dár mas causa, ni motivo, que la codicia. El Indio, que escribió, no la supo, ni la averiguò, y Fray Bernardino le siguiò, sin hacer reflexion sobre lo que tratada; y por aver sido este castigo tan notable, se mandò pintar en la Sala del Juzgado de los Indios Mexicanos (que haman Tecpan) para escarmiento de los Sucesores de los Indios.

Avisò Pedro de Alvarado à Cortès, del mal estado en que se hallaba, ponderandole la necesidad de Socorro, que tenia; y poco despues, llegaron los Indios, despachados en Cempoalla, con la Pintura de la victoria, que avia alcanzado Cortès de Pamphilo de Narvaez, de que Motecuhçuma no recibió pesar; pero disimulò el gusto. Los Mexicanos, obstinados en su intento, da-

ban à Alvarado, y à los Suios, todos los malos ratos que podian; y aun à los demás Españoles, pues aviendo llegado à Mexico el Mensajero de Cortès, à dár cuenta à Alvarado de su victoria, le maltrataron, y acosaron los Indios tanto, que tuvo à Maravilla volver à dár aviso à cerca de lo que pasaba. Murieron en estos Combates tres Españoles, y muchos Indios.

CAP. LXVII. De como le fueron nuevas à Cortès, de lo que pasaba en Mexico, y vino al Socorro con buen Exercito, y lo que ordenò en la Vera-Cruz, y cosas que sucedieron en el camino.



HALLANDOSE Fernando Cortès en la Vera Cruz, componiendo las cosas, despues de la victoria, de manera, que no sucediese alteracion, por el amor que conocia en mucha parte de aquella Gente, al Adelantado Diego Velazquez, procedió en todo con blandura, porque la Gente descontenta no entrase en alguna desesperacion; y no estando muy lexos los Capitanes Juan Velazquez de Leon, y Diego de Ordàs, iendo à las Comisiones adonde los embiaba, llegó el Castellano que avia embiado de Mexico, con el aviso de la victoria que le avia dado Dios contra Pamphilo de Narvaez, y refirió, que los de Mexico estaban alterados, y mostrò algunas heridas que le avian dado, y dixo, que avia escapado por milagro. Solicitaba à Cortès, que fuese à socorrer à Pedro de Alvarado: decia, que los Indios avian quemado los quatro Vergantines, que dexò acabados en Mexico, que derribaron vn Lienço de la Casa del Alojamiento de los Castellanos, que con grán trabajo avian reparado; que minaron otro; que pusieron fuego à las Municiones, levantaron las Puertas, alçaron los Mantenimientos, mataron à Peña, el Querido de Motecuhçuma, y con quien se holgaba mucho, que se avian defendido los Castellanos; y muerto muchos Indios; y que si algunas veces no hu-